

Comentarios del Maestro - 1

Parte I: Resumen

Texto Clave: Fil. 4:4

Enfoque del Estudio: Rom. 8:12--39

Pablo enfrentó muchas pruebas y tribulaciones mientras difundía el mensaje de salvación de Dios. Aparte de Jesús, pocos han soportado tanto sufrimiento como Pablo por causa del evangelio. Su lista de dificultades merece nuestra cuidadosa consideración y reflexión. Estas dificultades incluyen, pero no se limitan a, tribulación, angustia, persecución, hambruna, hambre, sed, desnudez, la espada, golpizas, falta de vivienda, insultos, calumnias, perplejidades, privación, azotes, tumultos, esfuerzos extenuantes, falta de sueño, ayunos, castigos, dolor, pobreza, humillación, lapidaciones, naufragios, viajes frecuentes, situaciones que amenazan la vida de diversas formas—ya sea por ríos, por ladrones (tanto de su propio pueblo como de los gentiles), o en la ciudad, en el desierto, en el mar, y así sucesivamente. Los sufrimientos de Pablo también provienen de su trato con enfermedades y debilidades, junto con el desafío de cuidar de las iglesias. Obviamente, sus encarcelamientos tampoco pueden ser ignorados (comparar con Rom. 8:35; 1 Cor. 4:11--13; 2 Cor. 4:8, 9; 2 Cor. 6:4, 5, 9, 10; 2 Cor. 11:23--29; 2 Cor. 12:10; Ef. 4:1). ¡La vida de Pablo distó mucho de ser fácil!

Uno debe tomar una respiración profunda para recitar la lista anterior completa sin pausa. No pocas veces, muchos de nosotros nos desanimamos por mucho menos. Sin embargo, si la lista de sufrimientos de Pablo es impresionante, su *confianza inquebrantable* es aún más asombrosa. Él dice: «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.» (Romanos 8:37, RVR1960).

La lección de esta semana enfatiza dos temas principales:

1. Los sufrimientos de Pablo por causa del evangelio, muy particularmente sus encarcelamientos.
2. Las estrategias de Pablo para predicar el evangelio de la manera más efectiva posible, incluso bajo las circunstancias más desafiantes.

Parte II: Comentario

Ilustración

G. Curtis Jones relata una historia sobre el misionero médico Wilfred Grenfell (1865--1940). Cuando se le preguntó por qué se había dedicado tan de lleno a las misiones cristianas, Grenfell respondió con el siguiente relato:

«Una noche, una mujer fue llevada a un hospital donde yo era médico residente, terriblemente quemada. . . . Su esposo había llegado a casa borracho y le había arrojado una lámpara de parafina encima. Se llamó a la policía y finalmente trajeron al esposo medio sobrio. El magistrado se inclinó sobre la cama e insistió en que la paciente les dijera a los policías exactamente lo que había sucedido. Él le recalcó la importancia de decir toda la verdad, ya que solo le quedaba poco tiempo de vida.

La pobre alma giró su rostro de un lado a otro, evitando mirar a su esposo, quien estaba parado al pie de la cama. Finalmente, sus ojos se posaron en sus fuertes manos, siguiéndolas por sus brazos y hombros y luego hasta su rostro. Sus miradas se encontraron. Su expresión de sufrimiento desapareció momentáneamente, mientras la ternura y el amor coloreaban su semblante. Miró al magistrado y dijo con calma: “Señor, fue solo un accidente”, y se recostó en su almohada, muerta. Grenfell añadió: “Esto fue como Dios, y Dios es así. Su amor ve a través de nuestros pecados”».

—Jones, *1000 Illustrations for Preaching and Teaching* (Nashville, TN: Broadman & Holman Publishers, 1986), p. 55.

Curtis Jones describe este tipo de amor como un *amor que sufre*. Esté o no uno de acuerdo con lo que hizo la mujer, y se podría argumentar con mucha

fuerza que ella actuó mal, el punto sigue siendo poderoso. Muy parecido al amor demostrado por la mujer en la historia de Grenfell, el amor de Pablo también abrazó el sufrimiento.

Amor que Sufre

En Romanos 8:35, Pablo expresa su profunda certeza del amor de Cristo por él —y por todos nosotros— a través de una pregunta retórica: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?». La respuesta esperada es un rotundo «¡Nadie!». Si Dios «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8:32, RVR1960), ¿por qué alguna dificultad podría separarnos del amor de Cristo? Dios demostró su amor al darnos a su único Hijo, y con él todas las cosas (Rom. 8:32). Pablo no necesitaba más pruebas del amor de Dios. Tampoco nosotros.

Pablo está tan seguro del amor de Dios que lo menciona repetidamente (Rom. 8:37, 39). Por amor, Jesús soportó voluntariamente el sufrimiento y la muerte por nosotros (Juan 13:1, 34; Juan 15:9, 12). A su vez, Pablo estuvo dispuesto a soportar el sufrimiento y la muerte por Él. De hecho, solo el amor de Cristo por nosotros puede sostener nuestra fe en tiempos de prueba.

En Romanos 8:35, Pablo cataloga sus dificultades en una lista de siete elementos: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro y espada. Quizás, esta serie de siete pruebas sugiere una completitud en el sentido de que representa la totalidad de todas las dificultades que Pablo soportó. Como se señaló anteriormente, la lista de sufrimientos de Pablo es mucho más extensa que este catálogo. Hasta este punto, él había soportado todas las tribulaciones en este pasaje, excepto el séptimo elemento, la espada. La espada se convertiría en su última prueba, y la enfrentó con un valor notable. Su *inquebrantable certeza* en Cristo le permitió enfrentar la muerte con paz interior. En el momento de su muerte, Pablo «miraba hacia el gran más allá, no con incertidumbre o temor, sino con gozosa esperanza y anhelante expectativa. Mientras se hallaba en el lugar del martirio, no veía la reluciente espada del verdugo ni la tierra verde que pronto recibiría su sangre; miraba hacia el cielo azul y sereno de aquel día de verano,

hacia el trono del Eterno. Su expresión era: “Oh, Señor, tú eres mi consuelo y mi porción. ¿Cuándo te abrazaré? ¿Cuándo te veré por mí mismo, sin un velo que lo opague?”».

—Ellen G. White, *La Historia de la Redención*, pp. 317, 318.

Pablo confiaba en que si compartimos los sufrimientos de Jesús, también «Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.» (Romanos 8:17, RVR1960). Él peleó la buena batalla, terminó la carrera y guardó la fe. Sabía que una corona de justicia leería dada en la resurrección, cuando Cristo regrese (ver 1 Cor. 15:51--55; 2 Tim. 4:7, 8).

Estrategias de Pablo para Predicar el Evangelio

Dadas las arduas circunstancias bajo las cuales Pablo predicó el evangelio, necesitaba emplear estrategias sabias para asegurar el éxito de su obra.

Primero, Pablo seleccionó intencionalmente ciudades importantes del mundo antiguo desde las cuales podría difundir más fácilmente el mensaje del evangelio. Así, por ejemplo, Corinto fue elegida por su privilegiada ubicación geográfica. «Así se presentó una oportunidad para la difusión del evangelio. Una vez establecido en Corinto, se comunicaría fácilmente a todas partes del mundo».

—Ellen G. White, *Bosquejos de la Vida de Pablo*, p. 99. Pablo también se centró en Filipos porque era uno de «los centros urbanos más influyentes en su ruta. . . . Su importancia estratégica en la historia del imperio lo convirtió en un paso evangelístico natural para alguien que se estaba preparando para llegar a Roma».

—Craig S. Keener, *Acts: An Exegetical Commentary*, vol. 3 (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2014), pp. 2380, 2381. Del mismo modo, Éfeso fue una de las ciudades más grandes del Imperio Romano, con una población de aproximadamente 250,000 personas en tiempos de Pablo.

Segundo, Pablo invirtió tiempo en capacitar personas para el ministerio evangelístico. De hecho, «hizo parte de su obra educar a jóvenes para el

ministerio evangélico. Los llevó consigo en sus viajes misioneros, y así ellos adquirieron una experiencia que más tarde les permitió ocupar puestos de responsabilidad. Cuando se separaba de ellos, seguía en contacto con su obra, y sus cartas a Timoteo y Tito son una prueba de cuán profundo era su deseo de éxito para ellos».

—Ellen G. White, *Obreros Evangélicos*, p. 102. En cuanto a Timoteo, Pablo lo tomó no solo como su colaborador sino también como coautor (ver 2 Cor. 1:1, Fil. 1:1, Col. 1:1, 1 Tes. 1:1, 2 Tes. 1:1 y Filem. 1:1).

Tercero, Pablo siguió el enfoque de «primero al judío» (Hechos 13:46, Rom. 1:16) como Jesús lo mandó explícitamente (Lucas 24:47; Hechos 1:8; Hechos 3:25, 26). Este enfoque explica por qué Pablo comenzó sus esfuerzos misioneros en una nueva ciudad en la sinagoga (Hechos 9:20; Hechos 13:5, 14, 46; Hechos 14:1; Hechos 17:1, 2, 17; Hechos 18:4). Reflexionando sobre la instrucción de que la obra de los discípulos debería comenzar en Jerusalén, Ellen G. White dice: «Dondequiera que se coloque el pueblo de Dios, en las ciudades atestadas, en los pueblos o en los caminos rurales, hay un campo misionero local. . . . En primer lugar está la obra en la familia; luego deben buscar ganar a sus vecinos para Cristo y presentarles las grandes verdades de este tiempo».

—*Advent Review and Sabbath Herald*, 22 de mayo de 1888.

Cuarto, Pablo mantuvo una comunicación regular con las iglesias enviándoles cartas. Debido a su «y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias.» (2 Corintios 11:28, RVR1960), a menudo no podía permanecer mucho tiempo con los nuevos conversos en las ciudades donde predicaba. Por lo tanto, utilizó cartas como medio para mantenerse en contacto con las iglesias y proporcionarles instrucciones. Las cartas también sirvieron como una forma de llenar el vacío causado por su ausencia física (1 Cor. 5:3, Fil. 2:12).

Parte III: Aplicación Práctica

Medita en los siguientes temas. Luego, pide a tus alumnos que respondan las siguientes preguntas.

Predicar el evangelio puede ser un desafío para muchos cristianos, especialmente cuando las normas sociales entran en conflicto con la Palabra de Dios. A lo largo de los siglos, incontables personas han enfrentado sufrimiento, e incluso la muerte, en el cumplimiento de su obra misionera. Esta realidad fue cierta en los primeros días de la misión cristiana, y no será diferente en su conclusión (Apoc. 14:13). A medida que continuamos en la obra misionera y soportamos los sufrimientos que la acompañan, solo hay una fuerza que puede sostenernos: *el amor de Cristo*.

La mayoría de los cristianos comprenden los riesgos que implica seguir a Cristo, pero también debemos entender la importancia primordial de cumplir la comisión: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;» (Mateo 28:19, RVR1960). La tarea es ardua, pero confiamos en la guía de Dios en cada paso del camino. Aunque puede llegar a ser mortal de diversas formas, la tarea es gratificante. Jesús dice: «No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.» (Apocalipsis 2:10, RVR1960).

En su obra misionera, Pablo empleó diversas estrategias para asegurar su eficacia: (1) Seleccionó ciudades importantes como puestos avanzados de apoyo desde los cuales podía difundir más fácilmente el mensaje del evangelio. (2) Invirtió tiempo en capacitar a otros. (3) Priorizó alcanzar primero a los más cercanos a él. (4) Se mantuvo en contacto constante con aquellos a quienes ministraba. Debemos integrar todas estas estrategias en nuestros propios esfuerzos misioneros. Pablo sabía, sin embargo, que aunque las estrategias son importantes, nunca pueden reemplazar el papel del Espíritu Santo (1 Cor. 12:1--11, Ef. 4:1--6). Nunca debemos olvidar este punto vital.

Preguntas:

1. ¿Cuáles son algunos de los desafíos que has enfrentado al predicar el evangelio?
2. ¿Cómo has empleado las cuatro estrategias misioneras de Pablo enumeradas anteriormente, y cuáles fueron los resultados?

Notas
